

si no estás atento la confusión puede ser considerable (aunque en tu billete ponga que tu tren sale a las 4 de la madrugada en realidad si estás en Krasnoyarsk te sale a eso de las 9 de la mañana). Y eso sin contar con los posibles trasbordos. De hecho, si no llega a ser porque me avisaron, me habría saltado la parada de Vladimir.

Como mi plan de regreso a Cuenca había sido tan espontáneo tuve que afrontar el hecho de que atravesar Siberia en pleno mes de diciembre no era, desde luego, la mejor idea. Sin embargo, todo tiene su lado positivo y aquí por lo menos había dos. Uno era hacer parte del Transiberiano en su auténtico esplendor de -30 bajo cero y cubierto de nieve. El otro era que precisamente por la dureza de las condiciones del viaje, los trenes no se llenan en invierno y no tienes problemas para encontrar billetes incluso el mismo día, algo imposible si lo haces en pleno 'overbooking' de verano. Bueno, en realidad había un tercer aspecto positivo: el precio. Y es que el gobierno reduce los precios de los billetes en un 30 por ciento por aquello de incentivar a los viajeros.

Llegué a Vladimir. La que una vez fue la capital de Rusia ahora es una ciudad mediana de poco más de 300.000 habitantes. Me cogí un autobús que me llevaría a un pueblo medieval llamado Suzdal. Y resultó que este un pequeño pueblo medieval tenía más iglesias que personas. Sin exagerar, conté más de 50 en muy poco espacio y a pesar que el pueblo era muy bonito y con su atmósfera medieval y todo eso, confieso que yo no supe apreciarla... Quizá mi mente seguía todavía añorando ese continente, Asia, que se alejaba definitivamente.

Un hostel, por favor

Mi viaje seguía directo rumbo a Moscú. Ya sabéis que normalmente no me llevo muy bien con las ciudades grandes y, desgraciadamente, Moscú no fue una excepción. Tanto que me perdí por sus calles y estuve más de 6 horas andando sin cesar con la mochila a cuestas en busca de un hostel.

Como siempre, improvisando, no había reservado nada y, para

